



El tránsito: una historia de acompañamiento

La historia:

Ciego y quebrantado, Francisco yacía en el suelo desnudo de su pequeña iglesia, eligiendo morir como había vivido, en una alegre pobreza. Sus hermanos cantaban salmos, y él susurró: *“Comencemos ahora a servir a Dios, porque hasta ahora hemos hecho muy poco”*.

La noticia estaba a punto de ser enviada por Doña Jacoba, su querida amiga de Roma, pero ya estaba en camino. Ella había compartido durante mucho tiempo la visión de Francisco, dando generosamente de su riqueza, incluso construyendo un hospicio donde ella y los frailes cuidaban a los pobres y a los moribundos. Antes de que pudieran llamarla, Doña Jacoba ya estaba llegando, llevando una almohada, un sudario y sus queridas galletas de almendra. Francisco le dio la bienvenida como *“Hermano Jacoba”*, honrando su vínculo de amor y fe.

Con sus amigos a su lado, oró: *“El Señor me ha mostrado lo que me correspondía hacer. Que Él te muestre lo que te corresponde hacer”*. Y así, rodeado de canto y amor, Francisco pasó, enseñando por última vez que la verdadera compañía es la presencia: fiel, humilde e íntegra.

Reflexión:

- Francisco recordó a sus hermanos: *“El Señor me ha mostrado lo que me correspondía hacer”*. ¿Cuándo ha sido difícil discernir lo que te corresponde hacer en el ministerio, sin necesidad de “arreglar” lo que no se puede arreglar? ¿Cómo te mantienes enfocado en nuestra misión y propósito y no te expandes inadvertidamente en direcciones no planificadas?
- El acompañamiento a menudo significa estar con otras personas que son vulnerables. ¿Cómo te preparas para acompañar el sufrimiento de alguien sin apartar la mirada, sin precipitarte, sin intentar controlar el resultado ni “arreglar” la situación?



Muerte de San Francisco de Asís, Ilustración de Seraphische Sonntagsstunden, 1931